



## ¿Qué es ser Universidad hoy?

Hélan Jaworski

Director de Palestra / Presidente de la Comisión de Gobierno de la Facultad de Gestión y Alta Dirección de la PUCP

*Abril, 2007*

**Síntesis:** La PUCP cumple noventa años, pero su valía como institución no tiene que ver con el tiempo transcurrido. En el caso de una universidad, tiene que ver con la satisfacción de las tareas que le encarga el colectivo ciudadano y con la fidelidad hacia sus metas a lo largo del tiempo. Esto se da a través de los egresados, quienes conectan a la universidad con la sociedad mediante el conocimiento y los valores adquiridos. Entonces, no se debe medir la calidad de una universidad solamente a través de valores cuantificables ni desde la lógica del mercado. La Universidad, valiéndose de su independencia y autonomía intelectual, tiene que darle al país lo que espera pero también lo que necesita, y este le otorga un reconocimiento público que es la mejor medida de estar haciendo las cosas bien.

La pregunta es humilde, no arrogante. La PUCP cumple noventa años, que es tanto para muchos, pero es poco si la comparamos con San Marcos o Santo Domingo en América o con Bolonia, París u Oxford en Europa. Y es, sin dudas ni alardes o pretensiones vanas, un activo muy importante del país. Su existencia y subsistencia, su carácter y su imagen son un capital nacional. Pero no porque cumpla noventa años, sino porque está consolidada como institución y cumple a cabalidad la tarea que como universidad el país le ha encomendado.

Lo central del tema es que no es el tiempo, ni la longevidad, lo que define la esencia ni la valía de la institución. No se trata de cuanto ha durado, tipo cumpleaños familiar, para luego extasiarse de “¡lo bien que está... a pesar de sus años!” Es sobre todo lo que se le pide y aquello por lo cual se la respeta. Por lo tanto, son la fidelidad a sus metas, el reconocimiento al itinerario, su consistencia en el manejo del saber y de los conocimientos aplicados, y hoy por hoy la calidad de su producto es lo que cuenta, que en términos contemporáneos se expresa en la ‘performance’ de sus egresados.

Sabemos bien que, en el fondo, en toda institución pública y la Universidad lo es, la medida de hacer bien las cosas y de ser reconocida como buena, la da la satisfacción de sus usuarios, es decir no solo de sus estudiantes y docentes, sino del público, el colectivo ciudadano, todos quienes pueden beneficiar del saber de aquellos que egresan como profesionales ¿O es que acaso importa poco o no importa lo que saben los abogados, ingenieros, psicólogos, arquitectos, gestores o médicos a quienes recurrimos y contratamos? ¿O nos da lo mismo la preparación y la experiencia de un actor, un poeta o literato, periodista, historiador o antropólogo que ensamblan, crean, construyen o reconstruyen retazos de la vida nacional?

Y en una época de mediciones, sondeos y encuestas es satisfactorio gozar de un reconocimiento amplio y sostenido, año tras año. A pesar de esto, las comparaciones entre centros de estudios superiores a menudo son inadecuadas cuando no ofensivas, porque las universidades no fueron concebidas en función de su venta en el mercado. Mejor saber que aún así, el valor de cada entidad se juzga sobre una jerarquía o escala de aprecio y reconocimiento públicos.

Pero no existe una panoplia preestablecida de indicadores para hacer ese parangón histórico que sugerimos. Lo que existen son índices para ordenar, es decir “rankear” a las universidades entre sí, en función de múltiples elementos, casi todos deseablemente



cuantificables: número de carreras y especialidades que ofrece o de maestrías y doctorados, número de docentes y nivel de los mismos, número de publicaciones y de investigaciones, cantidad de alumnos, ratio de docentes por estudiantes, intercambios internacionales etc., etc. A pesar de ello, aún con este arsenal de datos, en el supuesto de que dispusiéramos de ellos en condiciones homogéneas referidos al conjunto de instituciones universitarias en el país o en América Latina o en el mundo, ni por el número ni por la inversión se mide la calidad alcanzada y temo que tampoco podríamos dar una respuesta adecuada a la pregunta inicial.

Más vale, por tanto, abordar el tema desde otro ángulo, que nos es más propio. La Universidad es un asunto de todos, del público, de la ciudadanía, ya se trate de un ente de derecho privado o de uno de derecho público. Es decir es un asunto público, porque quien egresa de ella lo hace con una especial licencia o título en sus manos, que intenta ser una constancia de saber, una autorización para opinar en ciertas materias, un permiso para ejecutar o realizar ciertas obras o acciones, un certificado de profesionalidad muchas veces, que el egresado puede exhibir o esgrimir – según sea el caso - ante clientes, autoridades, pares o simples conciudadanos. Y para ello, cada sociedad, de acuerdo a sus urgencias y a sus intereses a cada Universidad o a la categoría en general, le da encargos determinados y le pide prestaciones concretas.

En este preciso aspecto es donde reside la importancia del papel de la Universidad hoy y la enorme responsabilidad que se le puede cargar cuando la calidad del egresado, del profesional que estudió en ella, no es la que la sociedad o el país esperan o necesitan. Es ella la que propone a través de sus cursos y docentes una lectura y una interpretación de la coyuntura, del escenario global, de las carencias y de las potencialidades del país. De ella depende la actualización del aprendizaje por el estudiante, su dominio de teorías, su conocimiento de destrezas y su manejo de herramientas, así como su capacidad de gestionar, desde su vida personal hasta un equipo reducido o una gran organización.

Adicionalmente, es en la Universidad donde el futuro profesional confronta las tesis contrapuestas que le permitirán decidir, hablar o aconsejar después sobre pobreza y riqueza, recursos naturales y ambiente, comercio y finanzas, derechos humanos, prospectiva, ciencia e innovación, autoritarismo y democracia, religión y fundamentalismos, calentamiento global, robótica y capital humano, y tantos temas más, todos ellos ligados por la búsqueda de la mejor ruta para alcanzar ese paradigma al parecer inalcanzable del desarrollo, humano y sostenible.

Sería deplorable caer en el axioma comercial de que tienes que dar o vender lo que quiere el cliente o usuario. Y sin embargo muchos establecimientos de educación superior ya cayeron en esa trampa. En ese caso, la Universidad no sería otra cosa que un peón más en el juego del mercado y sus pretensiones de independencia y autonomía intelectual aparecerían vanos. No tendría sentido hablar de papel especial, ni mandato y perdería peso apoyarse en pretensiones de excelencia o incluso de prestigio.

Al margen de lo genérico, bajo casi todos los parámetros utilizados habitualmente, llegar a noventa años es un logro respetable, se trate de una persona o de una organización. Más aún cuando ser universidad es ser parte del hoy, ser actor del momento presente, en cualquier dimensión nacional, interlocutor privilegiado del Estado, de la empresa privada y de la sociedad civil, firmemente anclado en las certezas propias del estudio y la investigación. Por ello avanza conservando y elaborando sobre la tradición, contribuyendo a la creación científica y artística, leyendo e interpretando los problemas actuales, evaluando



las utopías y los mitos de la historia con visión prospectiva, negando todos los fundamentalismos y siempre abierta al diálogo y al debate serio y sereno, con el máximo pluralismo y en autonomía, sin intemperancia ni arrogancia, punta de lanza de la reflexión y de la intelectualidad nacionales.